

POESIAS

Cáe en lazo de boa corpulento,
Y en el horrible nudo aprisionado,
Forceja y rinde el postrimer aliento.

Vuelve ¡oh México! en tí, que del abismo
Duermes incauta al resbaloso borde:
No más del interes y el egoismo
La envenenada copa se desborde.
El valor, la virtud, el heroismo
De tu estirpe recuerda, la alta gloria
Con que del tiempo y del olvido triunfa
Su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
Tu noble origen ni su ejemplo olvides:
Con ánimo y esfuerzo sobrehumano
El hierro blande en las gloriosas lides;
Y si del hado en el ignoto arcano
Es ley que cedas tras sangrienta lucha
Al número, á la astucia, á la perfidia,
La voz solemne del honor escucha
Y hasta caer en el sepulcro lidia.

Si benigno acogiera
Mis votos el Señor, á cuyo arbitrio
Los tronos sublimados caen rotos,
Surgen á dominar pueblos humildes,
Brotan y se hunden déspotas violentos,
Rudos tribunos, razas ó naciones,
Todos de sus designios instrumentos;
La paz, la libertad, gloria y ventura
Tus ámbitos risueños morarian:
Los campos que hora yerma el amargura
En feraz plenitud florecerian;
Y en hosannas de júbilo, las várias
Del mundo de Colon gentiles zonas
A tu justo poder rindieran párias,
Como á tu gran beldad rinden coronas.

TAL AGRAVIO TAL VENGANZA

ROMANCE

Porque el que supo el agravio
Solo la venganza sepa,
.....
Porque secreta venganza
Requiere secreta ofensa.

CALDERON.

I

OBREGA, señor, la noche
Nos entolda el patrio cielo.—
Aun es demasiado clara
Para alumbrar mi tormento;
Pues hay donde quier hogueras
Cuyos brillantes destellos
Animan el bullicioso
Regocijo de este pueblo.
Acaso de mi esperanza
Presagian el sol sereno;
O tal vez me pronostican
De mi venganza el incendio!—
Nuevas fatales, Don Juan,
A Sevilla nos trajeron,
Y alborozos y festines
Nos hacen recebimiento:
Pero el astro que buskais,
Segun lo oscuro del cielo,
Que esté ya en total eclipse
Para vos, mucho me temo.
Dizque cuando aquí anochece
Alborea en otro suelo:

POESIAS

Si el sol para vos se pone,
 Que nace para otro es cierto. . . —
 —No hables más en ese punto,
 O te arranque ¡vive el cielo!
 La desenfrenada lengua
 Que soltaste osado ó necio.
 Harto, sin que lo recalques,
 Me va lacerando el pecho
 Que me agravien y me ofendan,
 O el pensarlo, que es lo mismo.—
 ¡Señor! . . .—Silencio, Ginés,
 Y deja correr el tiempo.

Echaron los dos á andar
 Bajo las capas cubriendo
 Los torvos, chispeantes ojos;
 Y la calle traspusieron,
 Entrándose en otra angosta
 Y oscura, hácia cuyo extremo
 Se apostaron, recelosos
 Mano á las dagas poniendo.
 Pasó una vieja á su lado,
 Semi-vampiro ó espectro:
 La luz de su candileja
 Los iluminó un momento;
 Y ellos, volviendo los rostros,
 Por darle paso, se abrieron.
 La vieja de hito en hito
 Mirólos por conocerlos;
 Mas embozados y mudos
 Entrambos permanecieron.
 Ondeaba una blanca pluma
 Del mas alto en el sombrero;
 Ningun penacho lucía
 En el del ménos esbelto:
 Las botas igual el polvo
 De los dos iba cubriendo;
 Y aunque no iguales en forma,

POESIAS

Por bajo los ferreruelos
 Solo asomaban las puntas
 Dos estoques de Toledo.
 Que uno era noble infanzon
 Y otro inferior escudero
 Adivinólo la vieja;
 Que era fácil conocerlo.
 Cansado al fin el hidalgo
 De escrutinio tan atento,
 “¡Qué hora es?” brusco pregunta
 Con airada voz de trueno.
 La bruja atemorizada,
 Entre temblando y gruñendo,
 Al escapar presurosa,
 “Las once son, caballero,”
 Responde; y el otro dice:
 “Está bien: guárdela el cielo.”

Seis hombres de capas luengas
 Y de tendidos sombreros,
 En la calle van entrando
 Con pausa y cauto recelo.
 Armados van de razon
 O de estoque, que es lo mesmo;
 Pues la razon sin estoque
 Poco alcanza en todos tiempos.
 Espían con aire torvo,
 A un lado y otro volviendo
 Ojos que al azor robaron
 La perspicacia y el fuego,
 Por ver si acaso tropiezan
 Con ladron ó con ratero:
 Que hurtar lo que otro robó
 Siempre á gran virtud tuvieron.
 Los otros dos embozados
 De que los vieron de léjos,
 Retrajéronse á una puerta
 De la calle al otro extremo.

POESIAS

De allí pasar los miraron
 Con sus pardos ferreruelos,
 Sus blanquecinas golillas
 Y sus calados sombreros:
 Y al ver sus graves figuras
 Y sus pausas, conocieron
 Que son corchetes los seis
 Que hacen la ronda del pueblo.
 Justicia el vulgo los llama:
 ¡Menguada cosa, por cierto,
 Que á tan injustos bellacos
 Llaman *justicia* los pueblos!
 Desde la puerta Don Juan
 Viólos ir con paso lento,
 Y una calle y otra oyóles
 Atravesar en silencio.
 La suya cruzó el hidalgo,
 Tras él siguió el escudero;
 Quedaron un rato inmóviles;
 Luego otra pieza anduvieron,
 Hasta que tras de una esquina
 Con ojo y oído atentos,
 A la pared arrimados
 Quedáronse en gran silencio:
 Y de la arabesca torre
 De inmediato monasterio,
 Doce lentas campanadas
 Rodaron con ronco estruendo.

II

Dizque de la noche suelen
 Por las sombras discurrir
 Vagos fantasmas, que aterran
 A la plebe baladí;
 Que á su paso estremecida,
 Remeda el aura sutil
 En apagado suspiro,

POESIAS

Su monótono gemir;
 Y que son esos fantasmas,
 Creacion del miedo vil,
 Almas en pena que el cielo
 Condena á viajar así
 En el silencio nocturno
 Con lastimero plañir,
 O á cabalgar por los aires
 Entre tormentos sin fin.
 Mas el que hora se desliza
 Por la sombra sin sentir,
 No es un medroso fantasma,
 Ni es un espectro infeliz.
 Mucho tiene de corpóreo:
 Es su garbo juvenil;
 Y el ruido de sus espuelas
 Muestra no es sugeto ruin.
 No murmura misterioso
 Con lastimero plañir;
 Sino modula una trova
 Que amor revela sin fin.
 Y bien la canta el mancebo;
 Bella es la trova gentil,
 Aunque á su arrullo dormite
 La ronda que vela allí.
 Tambien sobre la alta bóveda
 Duerme el cáрабо al oír
 La religiosa armonía
 Que lanza, en torrentes mil,
 El grave órgano del templo,
 Cuando en místico festin
 Turba en sonos acordados
 De los ecos el dormir.
 Mas ya no se oye la trova;
 Ya se apaga en el zenit
 Su postrer eco, perdido
 Entre la brisa sutil;
 Y una palmada retumba

POESIAS

A que corresponde al fin
Otra sonante palmada,
Aunque ménos varonil,
Que de una reja entreabierta
Sigue al áspero crugir.

“Caballero, á mi opinion
“Pequeña importancia dais,
“Cuando amores me cantais
“De noche bajo el balcon.—

“—Severa estais por demas;
“Que para mí, que os adoro,
“Es mucho vuestro decoro
“Y vuestra opinion es más.

“Retirada está la calle;
“Y nada extraño parece,
“Cuando mi sol amanece,
“Que salga yo á celebralle.

“Dejad ya vuestros enojos
“Si me amais, como yo á vos,
“O me ponga ¡vive Dios!
“Ante la reja de hinojos.”—

—“No me acuseis de liviana
“Porque á la reja bajé. . . .
“Que no acabarais, pensé,
“Vuestro canto hasta mañana.

“De hinojos estar debierais
“Para templar mis enojos;
“Mas en la calle de hinojos
“No bien, Don Pedro, estuvierais.

“Por eso habré de ceder
“Y en lugar de castigaros,
“Pretendo. . . —

“¿Qué?—

—“Perdonaros,

“Obrando como mujer.

—“Dios os lo premie, señora.

“Mas que diga permitid

POESIAS

“Que tengo. . . —

—“¿Zelos? Decid.

“¿Pedísme zelos ahora?—

—“No por cierto. Solo tengo

“Por cosa digna de queja

“Que nos separe una reja,

“Leonor, cuando á hablaros vengo.

—“¡Caballero!

—“No, por Dios,

“Penseis mal de quien os ama

“Y precia en más vuestra fama

“Que el amor que os tiene á vos.

“Pero es fácil que en la calle

“Nos cuente algun importuno

“Los suspiros uno á uno;

“Y entónces ¿qué hacer?

—“¡Matalle!”—

—“Bien: mas severa os negais;

“En ello así persistís,

“¿Y que me amabais, decís!

“Ni me amasteis ni me amais.

—“¿Que no os amé, que no os amo,

“Me decís, Don Pedro, á mí,

“Cuando os desmienten así

“Las lágrimas que derramo:

“Cuando por poder, sin mengua

“Del deber y del honor,

“Consagrarme á vuestro amor,

“Diera mil vidas? . . .

—“La lengua

“Bendiga Dios que habla así.

“Mas, Leonor, os retirad,

“Y la ventana cerrad;

“Que oigo pasos por aquí.”—

Entónces vió que en la calle,
Acechándole conformes,
Hácia él se adelantaban

POESIAS

Con gran misterio dos hombres.
 Cuando ya cerca estuvieron,
 El uno al otro llegóse
 Para decirle en voz baja:
 —Guárdame la espalda; corre
 Hacia la vieja, y si grita. . . .
 Para eso tienes estoque.—
 Entónces se departieron
 Uno del otro veloces;
 Huyó el uno hácia la ronda,
 Y el otro hidalgo encaróse
 Con Don Pedro, á quien la dama
 Despide con faz de amores.
 Don Pedro, al verle venir,
 Con fría calma embozóse,
 Y tras la entreabierta reja
 Oyó Leonor sus razones.—

DON PEDRO.

Despeje la calle, hidalgo.

DON JUAN.

Mala demanda, por Dios!
 Ved de despejarla vos,
 Si habeis de servirme en algo.

DON PEDRO.

No piense que intencion tengo
 De servir á vuesarcé.

DON JUAN.

Mirad si yo la tendré,
 Cuando por mataros vengo.

DON PEDRO.

¿Por matarme? ¡Voto á Cristo!
 ¿Y el por qué?

POESIAS

DON JUAN.

¿Lo preguntais,
 Y á esa ventana os llegais?

DON PEDRO.

Mirad!

DON JUAN.

Há tiempo lo he visto.
 Noble os creo todavía,
 Y vos hidalgo os decís:
 Mirad que si no os batís,
 Desmiento vuestra hidalguía.

DON PEDRO.

Ya fuera mucho en mi mengua
 Que al lado ciñendo estoque,
 Un hidalgo me provoque.

DON JUAN.

Donde hay acero no hay lengua.

Brillaron en esto al aire
 Desnudos ambos estoques,
 Y uno al otro caballero
 Se aproximaron entónces.
 Doña Leonor que lo vía,
 Hasta el suelo desplomóse,
 Respondiendo á sus gemidos
 Ora un tajo, y ora un corte.

Y miéntras duerme la ronda
 Lidian los dos como nobles,
 Y se estrechan, y se apartan,
 Y se acuchillan conformes.—

La vieja se despertó,
 Y á la ventana asomóse.
 —Muerto soy!— se oyó en la calle,
 Y ¡socorro! ella responde.

Pero un hombre por detras
 Con fuerza el brazo la coge:

POESIAS

Calle, la bruja, le dijo,
Y la ventana cerróse.—
En esto, en medio á la calle
Gritaban con roncadas voces:
¡Ténganse al rey! los corchetes,
Que ya llegaban adonde

Tendido en la sombra yace
Sin vida, el cuerpo de un hombre.
Mas viendo que el matador
Ya léjos, tal vez, se esconde,

Y que en la entreabierta reja
Hay un bulto blanco, acorren,
Y una mujer desmayada
Sacan en brazos dos hombres.

Juzgándola buen testigo,
Ya la justicia alegróse,
Y al muerto y á la mujer
Llevaron en medio entónces.

En tanto tras la ventana:
He conocido á ese hombre,
Murmuraba por lo bajo
La vieja, y Gines responde:

—Mas no podréis denunciarle,
Bruja maldecida y torpe,
Que ántes que solteis la lengua,
Esta tizona os la corte.—

III

En la cárcel de la villa,
Doña Leonor de Mendoza
Su femenil liviandad
Bien arrepentida llora.

Mucho con razon le pesa
Que dama de tanta nota
Llore en pública prision,
Tan desamparada y sola:

POESIAS

Y más cuando en la ciudad
Casi unánimes la nombran
Virtuosa, las otras damas,
Los hombres, bella y virtuosa.

Mucho siente, allá en la cárcel,
Ver que pierde en una hora
Honra y fama para siempre;
Que no se cobra la honra.

Porque, aunque de su prision
Las horas sean muy pocas,
Siempre ha de saberlo el vulgo
Y en ello habrá de hacer mofa:

Y aunque del ausente esposo
No le aflija la memoria,
Teme que lo sepa, y teme
La venganza que provoca.

Los corchetes por fortuna
No la conocen, y sola
De la cárcel en la sala,
Temblando aguarda la aurora.

Echóse el manto de pronto,
Para que no la conozca
Un hidalgo que, embozado,
Entró en la sala á deshora.

Miróla el hidalgo atento;
Y escudriñando la alcoba,
Dirigiéndose á la dama
Tranquilo se desemboza.

DOÑA LEONOR (sorprendida)

Esposo mío y señor,
En hora triste venís.
Dadme los brazos. . . .

DON JUAN.

¡Leonor!
Mirad si algo me decís
Que me abone vuestro honor.

POESIAS

A vuestra casa llegué;
Y en vez de hallar vuestros brazos,
Desierta la casa hallé,
Y por cierto que temblé
De encontrar mi honra en pedazos.
De noche en la calle andais
En medio de la justicia;
El por qué me lo ocultais,
¿Y esto, señora, dudais
Cuánto arguye de malicia?

DOÑA LEONOR.

¿Malicia, esposo, decís?
Ni malicia ni delito
Arguyen, cual presumís;
¿Y á atormentarme venís
Cuando amistad necesito!

DON JUAN.

Mas explicadme, por Dios,
Cómo os hallo aprisionada
Para mengua de los dos:
Cómo os vieron desmayada
Tras de la reja. . . .

DOÑA LEONOR.

¿A mí?

DON JUAN.

A vos.

DOÑA LEONOR (aterrada.)

¡Válgame el cielo! Supísteis. . . .
Y liviana me creísteis. . . .

DON JUAN (disimulando.)

En verdad lo he sospechado;
Empero no he demandado
Por qué á la reja salísteis.

POESIAS

DOÑA LEONOR (recobrándose.)

Rumor de espadas sentí.

DON JUAN.

¿Y los conociste?

DOÑA LEONOR.

No.

DON JUAN.

¿Mas te desmayaste?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DON JUAN.

Luego era el ruido por tí.

DOÑA LEONOR.

Yerra quien así pensó.

Y si lo pensasteis vos,
Errasteis tambien.

DON JUAN.

¿Decís

Que no me engañasteis?

DOÑA LEONOR.

Dios

Por testigo.

DON JUAN.

¿Y si mentís?

DOÑA LEONOR.

¡Su maldicion á los dos!

DON JUAN.

Hora los brazos me dad;
Y pues no nos conocieron,

POESIAS

Este sombrero os calad,
Y en esta capa os tapad,
Que ocultos aquí estuvieron.

Pues la idea de libraros
Tanto pudo, esposa, en mí,
Que, aunque por medios bien raros,
Para en secreto sacaros
Capa y sombrero escondí.

Y ya que por maravilla
No es pública esta prision,
Ni nos resulta mancilla,
Que salgamos es razon
En secreto de Sevilla.

DOÑA LEONOR.

Mas temo, Don Juan, que ahora
Se os oponga y os provoque
La justicia veladora.

DON JUAN.

Seguidme y fiad, señora,
En mi razon y mi estoque.

En esto echaron á andar,
Y el hidalgo murmuró:
No le valdrá su jurar;
Porque á médias se vengar,
Eso no es vengarse, no.

—Déjese querer, la vieja,
Por vida de Belcebú,
O va á dormir esta noche
El sueño del ataúd.
¿Conocióle?—

—Sí, Gines:

Le pude ver á la luz
De mi linterna.—

—¿Y mañana,
Piensa denunciarle aún?

POESIAS

—Tan pronto como recoja
La noche el negro capuz;
Porque la justicia venga,
Haciendo causa comun,
La sangre del caballero,
De la dama la virtud,
Y el miedo que yo. . . —

—La torpe

Encubridora, ¡y aún
No teme que la justicia
Al mirar esa actitud,
La mande á que en una hoguera
Retoce con Belcebú?
¡No tiemble! y échese el manto
Sobre aqueza senectud;
Véle ese talle mezquino
Bajo de su pliegue azul,
Y sígame.—

—¿Adónde?—

—Cálle

Y destierre la inquietud;
Que va á estar con esa dama
De quien le hablé. . . —

—¡Por Jesus!

Ten compasion. . . de rodillas. . . —
—Álcese ¡bruja! la luz
Apague, y allá en la calle
Mi atenta solicitud
No olvide: si huir intenta,
La alcanzará mi arcabuz.

IV

Es una tarde amarilla
Que con lánguido arrebol
Apénas dora las cumbres
De una vega en derredor.

POESIAS

Aplomados nubarrones
En caprichoso monton
El sol esconden, y anuncian
De la tormenta la voz.

Por eso en el ancha vega,
Desde que el sol se ocultó,
Misteriosa cabalgata
Aprieta el paso veloz.

De muy angosta litera
Se abrigan en lo interior
Dos personas silenciosas,
Mujeres ambas á dos.

Hermosa dama es la una,
Y parece de alto honor;
Es una vieja la otra
Sin belleza ni blason.

Ambas á un tiempo se miran;
Y avergonzadas las dos,
No hay de las dos quien intente
Promover conversacion.

A un lado de la litera
Y en un gallardo troton,
Armado de punta en blanco
Un hidalgo cabalgó.

A otro lado un escudero
Sin penacho en el morrion,
Cabalga tambien armado
En corcel batallador.

Los rostros llevan cubiertos
Con las viseras los dos,
Y en el escudo el hidalgo
No lleva cifra ó blason.

La dama tambien se esconde
Bajo el velo temblador,
Como si álguien que pasara
Con atenta precaucion,

Pudiera ver en su frente
Que hay mancha de deshonor.

POESIAS

Marchando van por la márgen
De ancho río que veloz,

Entre juncos y espadañas,
Con monótono clamor
Se dilata susurrando
Y dando á los ecos voz.—

Crece en tanto la tormenta,
Que ya la noche envolvió
En manto de espesas nubes
La débil lumbre del sol.

El trueno que ántes al léjos
Con hondo sonar mugió,
Retumba ya contrastando
Del río con el rumor;

Y el rebramar de los vientos
Que turban la alta region,
Provoca del fuerte roble
El crugido aterrador.

Aisladas, gruesas gotas
Soltaba ya el nubarron,
Que absorbía de la tierra
El concentrado calor.

La cabalgata al sentir las
Aun más el paso apretó;
Y en medio de un despoblado,
Del relámpago al fulgor,

Vióse enfrente de un convento
De aspecto triste y feroz,
A cuya puerta el hidalgo
Con rudo estruendo llamó.—

Rasgaban en esto el aire
Con prolongado clamor,
Los ecos de las campanas
Que tocaban la oracion:

Y la tormenta envidiosa
Los ecos arrebató,
Repitiéndolos al léjos
Con melancólico són.

POESIAS

Abrióse lenta la puerta,
Y el hidalgo se apeó,
Inquieto espíando el campo
Con receloso temor.

Acercóse á la litera;
Y con rendida intencion,
Para que baje la dama,
Mano sin guante ofreció.

La vieja y el escudero
Marchan del hidalgo en pos,
Que á la dama dando el brazo,
En el convento se entró.

—
DON JUAN.

Estamos solos, señora;
Y á solas con nuestros duelos,
Me están pidiendo mis zelos
Sangre en que vengarse ahora.

El corazon pide cuenta
Del amor que os entregué
Con este honor y esta fe
Que manchasteis con afrenta.

Ved si la dais, á despecho
Del sentir del corazon;
Que abonan mi pretension
Mi nobleza y mi derecho.

Hablad, que mucho pecais;
Y ved que de cierto modo
Llegó á mi noticia todo
El baldon con que me ajais.

DOÑA LEONOR.

Don Juan, quien os dijo tal,
De vuestro honor se burló

POESIAS

Y cual villano mintió.

DON JUAN.

¡No ha mentido por mi mal!
Torpe vendísteis mi fe;
Mi honor manchasteis liviana;
¡Y con mentira villana
Negando estais lo que sé?

DOÑA LEONOR.

¡Vos? . . . ¡Mentís!

DON JUAN.

Uno murió;
Don Pedro tuvo por nombre,
A manos murió de otro hombre. . .

DOÑA LEONOR.

Y ese hombre ¿quién era?

DON JUAN.

Yo.

DOÑA LEONOR.

¡Dios mio!

DON JUAN.

¡Y así pensar
Pudísteis, Doña Leonor,
Que os entregara mi honor
Sin venirle yo á velar?

¡Y que en las manos pusiera
De imberbe niño sin juicio,
Un cristal para que el vicio
Le empañara ó le rompiera?

Bajad al suelo los ojos
Que están diciendo mi mengua;
Moved ¡por Cristo! la lengua,
Y pedid perdon. . . de hinojos.

POESIAS

DOÑA LEONOR.

¡Piedad!

DON JUAN.

¡Mi honor!

DOÑA LEONOR.

Compasion

Os merezca mi querella. . . .

DON JUAN.

Mi honra. . . ¿qué hicísteis de ella?

DOÑA LEONOR.

No la afrenté. . . Mas perdon!!

DON JUAN.

Ligera solo os juzgué;
Nunca os creí tan liviana!! . .
Os amaba esta mañana,
Y aun detestaros no sé.

De rodillas ¡voto á tal!
Ved que en la mano la daga,
En justa venganza, amaga
Vuestro pecho desleal.

Me lo ocultasteis traidora,
Y con maligna intencion
De Dios con la maldicion
Atestiguasteis, señora,

Ella al fin os marcará
Con negro sello la frente,
Y en el corazon doliente
Sus huellas estampará.

A médias tan solo advierto
Que está vengado mi honor:
Murió Don Pedro, Leonor;
Pero vos aun no habeis muerto.

POESIAS

Vais á morir. . . .

DOÑA LEONOR.

¡Tengo miedo!

DON JUAN.

De hinojos, que he de mataros.

DOÑA LEONOR.

Bien!!

DON JUAN.

No puedo perdonaros;
Pero ni mataros puedo.
¡Leonor, Leonor! ¿por qué así
Vendísteis vuestro albedrío,
Mancillando el honor mío
Que en prenda de amor os dí?

Mas basta de inútil queja:
Mi honra escupísteis los dos;
Voy á vengarme de vos,
Que de él me vengué en la reja.

Como con vil mercancía
Traficasteis con mi honra,
Por precio de una deshonra
Dando vuestra fe y la mía.

Gran pecado cometísteis;
Mucho á Dios debeis rogar,
Mucho teneis que llorar,
Porque mucho me ofendísteis.

Y esa dueña, encubridora
De amor tan torpe y nefando,
Vuestro rezo acompañando,
Tambien llorará, señora.

Aquí rezaréis sin cuento
En la piedra arrodilladas;
Que están por siempre cerradas
Las puertas de este convento.

POESIAS

De incógnito á Flándes voy,
Huyendo voy de Sevilla;
No quiero que mi mancilla
Vaya diciendo quién soy.

Y tened por cosa cierta,
Pues la visera calé,
Que no la levantaré
Hasta que vos seáis muerta.

¡Adios, señora! al momento
A Flándes voy á partir,
Pues que ya pude encubrir
Mi vergüenza en un convento.

Y no dirá ningun labio
Que mancha en la honra tengo;
Pues que en secreto me vengo. . . .
¡Tal venganza á tal agravio! —

Las ocho daba en la torre
Con triste són la campana,
Y sus ecos se columpian
En la region de las auras;
Cuando del convento salen,
Sin hablar una palabra,
Dos hombres que á los caballos
Se acercan, suben y marchan.

Recia la lluvia caía,
Y ronco el viento sonaba
Entre los pinos robustos,
Desgajándoles las ramas.

Los dos ginetes en tanto
Silenciosos caminaban,
A trasponer presurosos
Una vecina montaña.

Desque á la cumbre llegaron,
Volvieron los dos la cara,
Quizá para despedirse
Con tierno ¡adios! de la patria.

POESIAS

Allá en el fondo del valle
Vieron, cual vagos fantasmas,
Entre mil sombras confusas
Alzarse dos torres blancas.

—El sol allí se os ha puesto,
Exclamó el uno al mirarlas;
Y si alboreó para otro,
Razon es que nunca salga.—

—¡Verdad dijiste, Gines!
Y aun no satisface al alma
Ver que un día presenció
Tal agravio y tal venganza!

Junio 1841.